

# los hechos y las ideas

## LOS NUEVOS BELIGERANTES

**D**ESDE hace varios años existe en España una situación de paz, entendiéndose ésta principalmente en el sentido de ausencia de guerra, de lucha violenta. Incluso esta paz es uno de los principales argumentos que se exhiben para justificar los logros del sistema establecido. Sin embargo, en esta coyuntura surgen, y cada vez más violentamente, una serie de hombres y de posturas de enfrentamiento, y de beligerancia. Parece como si esos hombres, y las posturas que defienden, no pudieran tolerar la más mínima discrepancia, la menor objeción. Paradójicamente, sus estridencias son para defender esa paz, y las estructuras que la sostienen.

Ellos son los encargados de juzgar sobre la lealtad y sobre la traición. Ellos, que tienen todos los privilegios para hacer política, se escandalizan cuando otros hombres la hacen en otra línea. Ellos sostienen la clasificación de los españoles en «vencedores y vencidos». Para los primeros todas sus justificaciones, para los segundos toda su intolerancia. Ellos, que intentan servirse de la Iglesia cuando pueden, no toleran posiciones de miembros de ésta que discrepen en el orden social o político. Ellos son, en fin, los defensores del «viva Cartagena» y del «nunca pasa nada».

Cuando algo enturbia la tranquilidad de que gozan, cuando alguien quiere opinar y no es para corearles, reaccionan con dureza.

Es el momento del cobarde anónimo que circula, perfectamente impreso, y sin sufrir la suerte de esos borrosos panfletos multicopiados donde se refugia la oposición. Es el momento del insulto, de la injuria, de la mentira. Si todo eso no basta se llega al ataque físico. Lo que importa es restablecer la situación.

Los jóvenes que se incorporan a la vida social, tienen que aceptarla como quieren ellos. Si discrepan se les cierran puertas, se les niegan trabajos. Para triunfar hay que doblegarse, no hay que plantear problemas. Si hay jóvenes que resisten, se les margina, se les acorrala. Si alguno se desespera, si pierde la paciencia, se le acusa de loco y de comunista. Se rasgan las vestiduras ante su violencia. Lo que importa es mantener lo establecido.

Desde algunas publicaciones se amenaza con resucitar el diálogo de los puños y de las pistolas o con sacar a relucir sus tracas y petardos particulares. Otros niegan el pan y la sal, y hasta la existencia misma a quienes no se consideren vencedores en la guerra civil. Otros, desde sus plataformas monárquicas, con manifiesto sectarismo, atacan a los viejos republicanos, recuerdan las breves etapas de ese régimen como un cúmulo de desórdenes y de violencia, mientras cubren con un silencio prudente o deforman nuestros tristes últimos 160 años, monárquicos en su mayoría.

Son los nuevos beligerantes, los que no quieren la auténtica paz basada en la justicia y en la libertad. Son los que quieren estabilizar sus privilegios, nacidos de una situación de excepción. Son los que están dispuestos, si es necesario con sangre, y desde luego sin importarles nada la fama y el honor ajenos, a no ser desbordados, a continuar su poder.

Nosotros los hombres jóvenes, nacidos después de 1936, no los comprendemos. Queremos una España muy distinta, donde la decisión de cada hombre sea cual sea, nacida del íntimo rincón de su conciencia,

tenga posibilidades de un desarrollo integral, y de una repercusión en el país. La Historia nos acompaña. Seguramente la importancia de ese tipo de hombres, acrecentada ahora por especiales circunstancias, irá disminuyendo hasta la extinción. Su peligrosidad no es por eso hoy menos acuciante. Sólo nos consuela el soñar en el futuro con una España sin beligerantes y el poner desde ahora con urgencia los remedios legales para suprimirlos.

G. PECES-BARBA MARTINEZ